

PREÁMBULO

Son muchas las reflexiones que nos han llevado a embarcarnos en una experiencia de estas características, a organizarnos y a buscar alternativas económicas para satisfacer nuestras necesidades. En pocos meses y tras mucho hablar y debatir, estamos construyendo entre todas una experiencia de autogestión y horizontalidad, una manera de relacionarnos con la tierra distinta y rica, un modo de generar alimentos sanos, nutritivos y trabajados por nosotros y por nosotras.

Partimos de la necesidad fundamental de organizarnos como personas, no como consumidoras, por ello, creemos que cualquier alternativa ha de pasar por vernos y reconocernos como tales, respetándonos y creando una amplia red de confianza que nos lleve a apoyarnos fuera de un sistema capitalista donde sólo se prima el valor del dinero y la explotación de la Naturaleza. En un sistema donde el dinero es un bien más con el que especular, que podemos comprar y vender; sentimos el impulso de buscar una economía que se base en la confianza y en la ayuda mutua, donde el “dinero” adquiera un valor únicamente de intercambio.

Así nació la Red de Trueque de Córdoba “*Kotruco*”, de la que partimos para una experiencia posterior más centrada en la alimentación. *Kotruco* sirvió para que las personas que íbamos acercándonos reflexionáramos sobre nuestro consumo y en cómo hacer para ser más felices sin matar el planeta en el intento. Sobre todo sirvió para que nos conociéramos, para que supiésemos que no estábamos solas y que podríamos apoyarnos en el momento en que alguien lo pidiera.

Algunas personas, además, hemos conocido experiencias de autogestión en pueblos y aldeas, así como cooperativas de consumo por todo el Estado organizadas de formas muy diversas. La agroecología, como movimiento social a la vez que político e intelectual, ha estado presente en muchos de los colectivos de los que formamos parte, entendiendo que la relación campo-ciudad ha de modificarse, ruralizando un poco la ciudad, contra la especulación y la urbanización del campo. Hemos de recuperar el saber campesino y revalorizar una agricultura que nos dé la vida, así como las gentes que aún viven de ello y que se resisten al modo de operar de la agricultura intensiva, que está acabando con nuestros campos y la belleza del mundo rural, con monocultivos y máquinas. Creemos que el campo nos da la vida, la tierra es la vida y hemos de respetar los ciclos naturales si queremos que nos entregue alimentos.

Ya viene siendo habitual el escuchar discursos en torno a la alimentación, la crisis alimentaria y la necesidad de trabajar con el objetivo de la seguridad y la soberanía alimentarias. En muchos lugares de este planeta se están organizando grupos de personas que muestran preocupación ante la crisis de alimentos que sufrimos, en algunos debido a la dificultad de obtenerlos; en otros, por la sobredosis de alimentos contaminados de agroquímicos y de otras sustancias que llegan a nuestros platos como antibióticos, metales pesados, sustancias plásticas, etc. Ha ocupado muchas horas en diversos noticieros el llamado “mal de las vacas locas” o los pollos con dioxinas, aunque hay mucho más que no nos cuentan y a lo que diariamente estamos expuestas muchas personas en el mundo. Plaguicidas como el DDT siguen hoy almacenados en la grasa de las focas y también en la leche materna que le damos a nuestros hijos, aún habiéndose prohibido su uso desde hace años. Son muchos los pesticidas que se utilizan y que, a día de hoy, se desconocen sus efectos a largo plazo. Comemos a diario productos transgénicos sin que se nos informe de ello. En cambio, cada producto que ha sido cultivado siguiendo prácticas respetuosas con el medio, tradicionales y sin agrotóxicos,

ha de ser etiquetado y, por supuesto, vendido en el mercado a precios prohibitivos para muchas personas que no pertenecen a la élite del mundo rico. Resulta paradójico que tengan que ser los productos saludables los que se etiqueten e identifiquen y, sin embargo, los que perjudican nuestra salud y la del planeta sigan siendo los que entran en el mercado como “normales”. Quizá deberíamos exigir que en las etiquetas de estos “alimentos” se nos informe del contenido de metales pesados, residuos de plaguicidas, entre otros, que llevan y que se lea bien: “procede de una agricultura *TÓXICA*”.

Por todo ello, algunas personas muy sensibilizadas con estos temas, comenzamos a pensar en cultivar para el autoabastecimiento y organizar una alternativa económica que respondiera a nuestras necesidades fundamentales, una organización con base agroecológica, donde se priorizaran las relaciones sociales más que las puramente económicas y se buscara otra forma de relacionarnos con nuestro entorno natural desde la ciudad en que vivimos. El colectivo Agroecológico “Huerta la Acequia” es un colectivo de personas que vela por el medioambiente de esta ciudad, por la calidad de vida de las personas que la estamos construyendo y por todas aquellas que quieran enredarse en este sueño de confianza y ayuda mutua.

En consonancia con el modelo de organización anteriormente descrito, donde se priorizaran las relaciones sociales frente a las puramente económicas, se consensúa un modelo económico alternativo a las relaciones establecidas en la económica clásica. La brecha fundamental que existe entre este modelo y el convencional en el que nos vemos inmersas, es que existe una fuerte vinculación entre los aspectos sociales, ecológicos y económicos. Estos tres componentes se integran en un modelo basado en la confianza, donde no se produce un intercambio directo entre capital monetario y un producto. Este sistema económico se sustenta en una cuota mensual por cada unidad de productos o cesta (estimada para dos personas). Debemos recalcar que dicha cuota no responde al valor de los productos en el mercado convencional, sino cubre las necesidades económicas del proyecto, asegurando su sostenibilidad.